

Mauricio Beuchot (2013), *Las caras del símbolo: el ícono y el ídolo*. Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

La primera edición de *Las caras del símbolo: el ícono y el ídolo* fue publicada en Madrid por la editorial Caparrós en 1999. Esta obra fundamental en la hermenéutica analógica se ha vuelto prácticamente inconseguible desde hace varios años. Resulta afortunada la aparición de una segunda edición mexicana en la que Beuchot añade otro prólogo (p. 19), un nuevo capítulo: “Hacia una ontología simbólica: El ícono y el ídolo del ser” (pp. 175-185) y un “Apéndice” (pp. 191-202). Adicionalmente, Verónica Volkow ofrece una presentación titulada “Aportaciones de la hermenéutica analógica de Mauricio Beuchot a las ciencias del espíritu en el siglo XXI” (pp. 5-18).

Beuchot parte de un diagnóstico de la polifacética “crisis de la modernidad” que agobia a las sociedades contemporáneas. Quizá nunca antes los seres humanos disfrutaron de una expectativa de vida tan amplia: en Occidente se puede vivir más del doble de tiempo del esperado como promedio en épocas preindustriales. ¿Acaso en alguna ciudad del pasado estuvieron difundidas tantas comodidades como las dadas por supuestas en las urbes globalizadas? Y sin embargo, gente famélica sigue sufriendo hambre y enfermedad en pleno siglo veintiuno, y esto no es soslayado. Sin embargo, “la crisis actual, pues, no es sólo económica, social o política, sino, sobre todo, de sentido, como insisten Lyotard y Derrida” (p. 92).

Vivimos en un “tiempo brumoso” en el que se registra una profunda crisis generalizada, “crisis de la razón. Crisis de sentido y de valores” (p. 21). Aquí se hace hincapié en la amenaza que oscila entre la Caribdis del sinsentido y la Escila del nihilismo. “La crisis

que actualmente se da es sobre todo una crisis de sentido. No sólo se da en el pensamiento; es también una crisis de valores. Es una crisis que afecta a la ética, pues los valores son parte del sentido de la vida [...] No se nos dice ahora que no haya valores sino que son subjetivos, que carecen de objetividad. Andan a falta de sustento” (p. 90).

La filosofía imperante durante los últimos siglos no siempre ha tenido interés en morigerar las crisis de la modernidad. “Fue, por cierto, una cosa muy propia de la modernidad el ver la razón como desligada de otros aspectos (afectivos, morales, etc.)” (p. 27). En algunos casos le ha proporcionado sustento teórico por cierta miopía ante la metafísica propia del positivismo, cierta escisión entre el decir y el mostrar (Wittgenstein) aunada a una hipótesis sobre el progresivo desencantamiento y secularización del mundo (Weber) y una pretensión de cientificidad y optimización de la política (Maquiavelo), del derecho (Kelsen) y de la economía (Pareto) mediante el soslayo de los sistemas de normas morales. Incluso desde la misma ética se pretendió escindir el deber del ser descalificando esto por considerarlo “falacia naturalista” (Moore). Los denominados emotivistas llegaron a sostener que los juicios morales no expresan otra cosa que las preferencias del sujeto que los emite. ¿Cuál fue la consecuencia de esa manera de pensar prácticamente hegemónica durante los últimos siglos? Las hermenéuticas univocistas, entre las que destacan las de índole científicista, y las equivocistas, en particular las posmodernas que renuncian al ideal cartesiano del conocimiento claro y distinto, a pesar de sus diferencias esenciales, conducen a escepticismos, incluso al “nihilismo” (p. 24).

En un aristotélico término medio, la hermenéutica analógica es una propuesta alternativa a los excesos en que han incurrido ocasionalmente ambas variantes. “La hermenéutica analógica es, primeramente, un intento de ampliar el margen de interpretaciones válidas de un texto sin perder los límites; de abrir la verdad textual, esto es, la de las lecturas posibles, sin que se pierda la posibilidad de que haya una jerarquía de acercamientos a una verdad delimitada o delimitable” (p. 22).

¿Qué se entiende por analogía? “La analogía es el modo de significar intermedio entre la univocidad y la equivocidad, es decir, entre lo completamente claro y distinto y lo completamente relativo e

inconmensurable” (p. 187). A diferencia de Wittgenstein, para quien decir y mostrar resultaban incompatibles, “la analogía ha sido, a través de la historia (lo saben los místicos), el intento de decir el mostrar y mostrar el decir” (p. 200).

El “ícono” ha sido entendido de diferentes maneras:

Lo que en la tradición estructuralista es el símbolo en la pragmática es el ícono. Es decir, lo que (en la escuela de Saussure) Ricoeur llama ‘símbolo’, Peirce lo llama ‘ícono’. En efecto, para Peirce el símbolo es lo mismo que para Aristóteles, a saber, el signo meramente arbitrario, como lo es el lenguaje. En cambio, para Ricoeur el símbolo es un signo muy rico, no meramente arbitrario, sino que tiene una sobrecarga de sentido que deposita en los acontecimientos de la realidad y los llena de su contenido significativo (pp. 51-52).

Beuchot señala que “el ícono es precisamente un tipo de signo que se basa en alguna semejanza con lo significado” (p. 39) y entre cuyas clases destacan las imágenes, los diagramas y las metáforas. Las imágenes rebasan el ámbito de los meros signos, conectan con la realidad. Y entre los entes, uno recibe particular atención en esta obra: el ser humano.

Beuchot postula una antropología filosófica “icónica” que no puede más que sensibilizar a los individuos al respecto de su pertenencia al cosmos y a la especie humana y que da fundamento al comportamiento moral. “Es verdad, la imagen del hombre como microcosmos es antigua, ha orientado desde hace mucho; por lo menos desde los griegos. Ha estado vinculada con la religión; lo estuvo en gran medida con la religión cristiana, por eso fue muy querida por los medievales. Es la idea del hombre como imagen de Dios e imagen del Universo. Pero, más que idea o imagen, es un símbolo” (p. 103). Al ser la persona un microcosmos resulta susceptible de mostrarse lábil o proficiente. “El hombre participa de todos, y puede elevarse a lo más alto del espíritu, o puede elegir ser algo inferior y caer hasta el lodo. Esto lo expresa muy bien Fernán Pérez de Oliva [*Diálogo de la dignidad del hombre*], ya en el Renacimiento español e italiano” (p. 109). La persona humana entendida como microcosmos es rastreada por Beuchot a lo largo de la historia. De hecho, sobre ella gravitan tanto la ética en general como los derechos humanos en particular.

“La conciencia del hombre como imagen icónica del Universo es la que puede hacerlo ver a los otros como hermanos” (p. 112).

Beuchot supera las falencias del relativismo relativizándolo:

Se ha abierto un relativismo axiológico que pide ver el modo como se puede fundamentar algo valioso, digamos incluso un pluralismo de valores, pero dentro de un ámbito o rango de variación que impida que todo se caiga en el caos. Y aquí, al buscar algún fundamento, que no sea como los fundamentos metafísicos y epistemológicos de la Ilustración, duros y maduros, es donde se tiene que buscar un fundamento más suave y amplio, pero suficiente, capaz de sostener una ética. Y todavía metafísico y epistemológico [...] Hay que ver al ser, al ente, en su mejor ícono, en el hombre, y en el más cuestionador y convocante: el prójimo, el otro; no el yo, sino el tú (pp. 90-91).

El relativismo relativo de Beuchot le permite explicar y comprender la diversidad cultural sin renunciar a la fundamentación que proporciona a la ética la antropología filosófica icónica:

hay que asumir a este ícono, la vida, en su ícono más concreto, el prójimo, el otro, con el suficiente respeto de la otredad o alteridad, pero sin cerrar las puertas a la universalidad. Hay diversidades culturales, pero sin negar *cierta* igualdad ética (analógica). Por ejemplo, en México esto se vive muy a flor de piel en el problema de las diferentes etnias o comunidades indígenas. Ellas también son íconos del hombre y del ser, de la vida. Pero su iconicidad ha de ayudarles a acercarse a lo común de la nación y aun de la humanidad, no a disgregarse en diferencias reivindicatorias y ofensivas. El olvido o relegación de comunidades indígenas, por la distinción entre Tradición-Modernidad se enfrenta con el problema de distintas formas de racionalidad. ¿Qué hacer para reducir esa distancia? [...] Hay que lograr modos de universalidad analógicos (o analécticos), que tengan la posibilidad de respetar diferencias dentro de la semejanza, algo más que declarara a todos complementarios. Hay que buscar los discursos vivos y motivadores. Más que una metaética o globalización de segundo orden, hay que buscar una dia-ética (de dia-filosofía, no de meta-filosofía sospechosa y poco creíble (pp. 95-96).

Para la hermenéutica analógica el ícono constituye el aspecto luminoso del símbolo. No obstante lo anterior, éste también puede desplegar un aspecto siniestro: el ídolo.

el símbolo nos llama a analogizarnos con él, a iconizarnos con él. Esta analogización o iconización es precisamente el lado de ícono que el símbolo tiene. Su lado de ídolo más bien nos lleva a lo opuesto, a no analogizarnos con él, a no aprovechar la riqueza de significado que tiene. No le permite entrar en nuestra vida. Por eso he hablado de una hermenéutica analógica para interpretar el símbolo. Para encontrar su cara de ícono, su faz icónica, y enriquecernos con su significado, dar a nuestra vida un sentido. Y para evitar la cara de ídolo, su faz idólica, que nos pierde y nos priva de sentido (p. 192).

En el contexto de la tradición filosófica general y hermenéutica en particular la propuesta teórica de Mauricio Beuchot es su ya bien conocida hermenéutica analógica-icónica que, como Atenea, nació armada y madura de la cabeza de su padre a principios de los noventa en “Los márgenes de la interpretación: hacia un modelo analógico de la hermenéutica”. Sin embargo, Beuchot ha ido enriqueciendo su propuesta teórica y ahora se consolidan planteamientos que no se perciben en obras relativamente tempranas, como sus *Elementos de semiótica* de finales de los setenta. En su reflexión reciente de los últimos lustros sobre las luces y las sombras del símbolo, el ícono y el ídolo respectivamente, Mauricio Beuchot incursiona de manera magistral también en la filosofía de la religión y la estética. Me pregunto, ¿se pueden distinguir periodos bien delimitados de la hermenéutica analógica de manera análoga a la que el método genético evolutivo de Jaeger descubre la existencia de tres épocas en el *Corpus Aristotelicum*? ¿Será la obra reseñada parte del “periodo medio” de Mauricio Beuchot?

Sucintamente, dentro de la amplia bibliografía generada durante las últimas décadas por Mauricio Beuchot, *Las caras del símbolo: el ícono y el ídolo*, como bien afirma Verónica Volkow (p. 5) en la presentación del libro, contribuye con ya imprescindibles “aportaciones a las ciencias del espíritu en el siglo XXI”.

VÍCTOR HUGO MÉNDEZ AGUIRRE